

Devastación en el Hotel San Luis

(Fragmentos)

Lorenzo García Vega

ACLARACIÓN CON DEDICATORIA

Resulta que en estos penúltimos años he publicado mi autobiografía, *El oficio de perder*, y he escrito estos Homenajes: un Homenaje a Marcel Duchamp (publicado con este título: *Palíndromo en otra cerradura*), y otro a Joseph Cornell (sin publicar, y con *Taller del desmontaje* como título), y, por último, este proyecto de novela mala, que se titula *Devastación en el Hotel San Luis*.

Pero ¿por qué, al llegar a la *Devastación en el Hotel San Luis*, tengo que aclarar? Es sencillo responder a esta pregunta: después de haber escrito el Homenaje a Duchamp, y el Homenaje a Cornell, al meterme entonces en el berenjenal bendito de un como proyecto de novela mala, me encontré no sólo con el hecho de haber entrado en un laberinto sin salida y empezar, por lo tanto, a dar vueltas y más vueltas, sino que cuando le puse punto final a mi escribanía me tiré en el suelo, debajo de la mesa del escritor (pues también yo, aunque presumo de ser un no-escritor, a como sea tengo una mesa de escritor), y adoptando una actitud neurótica (cosa que a mí no me cuesta ningún trabajo) me metí en este atolladero: me negué a aceptar mi derrota, rompiendo mi manuscrito de novela mala, pero sin que me decidiera a dar ningún paso hacia delante, ya que también me negué no sólo a revisar y corregir lo que había escrito, sino a leer lo que había escrito.

¿Qué podía entonces hacer? Pues fue entonces que me encontré, en Buenos Aires, comiendo en Plaza Güemes nada menos que con mi amigo Héctor Libertella.

Por lo que entonces, como seguía con ese encalabernamiento que me impedía hacer nada con mi manuscrito, me decidí allí mismo a entregárselo a Héctor Libertella (pues aunque no siempre lo llevaba conmigo, esa vez sí tenía mi manuscrito –un raro, diríamos por decir algo, azar objetivo, por cierto– dentro de una jaba que hasta llevé a la Plaza Güemes), quien inmediatamente, como si respondiera a una llamada del destino, tomó mi texto para así, desde ese mismo momento, cargar con la responsabilidad de llevar a cabo la revisión y corrección que mi neurosis, o lo que fuera, me impedía hacer con mi proyecto, o lo que fuera, de novela mala.

Dicho y hecho, entonces. A partir de ese momento, mi amigo argentino, el escritor Héctor Libertella, tomó en serio la carga que mi neurosis le puso sobre los hombros, y tan en serio la tomó que casi llegó a hacerme sentir culpable de irresponsabilidad en el oficio de escritor.

Héctor lo tomó en serio, repito, por lo que, según me confesó pocos días después, soñó que, convertido en mono, se había provisto de una cuchilla (¿una cuchilla o una navaja?, ya no puedo recordar bien como fue lo que me dijo) con la que talaba todos los lados de mi texto.

La devastación del Hotel San Luis, entonces, estuvo a punto de convertirse en la devastación argentina del argentino Héctor Libertella. Y yo, el irresponsable Autor (¿o no será que yo estoy respondiendo a esa muerte del Autor de la que habló el francés Barthes?), lo dejé hacer, hasta el punto de mirar con indiferencia ese momento en que Héctor, metiéndole mano al título de mi manuscrito, hasta se le antojó talar un artículo de mi *Una devastación en el Hotel San Luis*, para así llegarlo a convertir en un bien peinado, ultraísta título: *Devastación en el Hotel San Luis*

Pero la cosa no llegó a mayores, advierto ya, pues a pesar de que a Héctor le sobrevino el sueño con mono provisto de navaja (o cuchilla), mi manuscrito quedó, aunque talado, tal como yo lo había escrito, y con esta final observación que mi admirado amigo Héctor Libertella me hizo al entregarme, corregido, este manuscrito con devastación: «Me estoy dando cuenta de que no hice una lectura de tu libro sino, simplemente, un canje de imaginarios. / Hacer dialogar imaginarios es muy peligroso: hasta tengo miedo de que te enojés conmigo por estas observaciones. Pero tuve que hacerlas en favor de la presentación en sociedad de tu libro: marginal en lo social del mercado, pero central en la literatura. Esto ya lo conversamos en Plaza Güemes: no somos locos, somos la aristocracia de la literatura, y que los demás se queden mirándonos con su cara boba y perpleja».

Así, entonces, después de este diálogo con imaginarios, aparición de mono con navaja, y cualquier otro demonio que pueda haber saltado durante el sueño, o sea, durante el tiempo argentino en que ha sido revisada esta devastación, no puedo menos que contribuir con un incentivo a las risotadas con imaginario de mi amigo Héctor Libertella, ofreciéndole la dedicatoria de esta *Devastación en el Hotel San Luis*. Vale.

1

Al levantarme ya hacía rato que, con agua y jabón, los fantasmas estaban limpiando el *Home*. Soy Tokol, ese anciano mulato húngaro que no sólo escribió una novela titulada *Memorias del Central Australia* sino que siempre vivió, así como murió (aunque, eso sí, ahora estoy en el *Home* de la Playa Albina), en el susodicho Central.

Soy, pues, alguien a quien algunos consideran un loco: Tokol.

Pues bien, los fantasmas limpiando el *Home* donde estoy, por lo que me puse a especular, y a mirar para las paredes.

A especular..., pues tengo que resolver un enorme problema que consiste en lo siguiente: tengo que llegar a saber lo que podría conseguir con la *Auro-ra Consurgens*, ese tratado compuesto por Santo Tomás de Aquino, y fundamental para mí.

Además, aunque acabado de despertar, estoy confrontando una posible fantasía. Una fantasía donde me planteo la siguiente pregunta: ¿cuál sería, si apareciera en este momento, el espectro al que yo le tendría miedo?

El espectro, no sé por qué, se parecería a una experta, o a una Maestra —aunque, quizá, lo que estoy diciendo no sea tal como lo estoy diciendo.

O enseñaba ella —la experta— una como manera de entender; o enseñaba ella una como manera de representar el *opus* —¿pero es así, tal como lo estoy diciendo?

Aunque, si se mira bien, se pudiera tratar de patios mojados, o de muros mojados que una vez hubo en mi vida.

(No sabría decir bien la extensión de esta visión. Todo lo que, esta visión, pudiera contener).

Los muros mojados, la humedad —siempre tendré que estar girando en torno a ese asunto.

¡La humedad es mi obsesión!

Pues, sin duda, tuvo la humedad que suceder en mi vida —sucedió, por uno de los tiempos de mi vida.

Así como, a esa horrible Maestra —¿fue mi maestra?—, yo la tuve que conocer, en un momento determinado.

Yo no sabía ni dónde estaba, de tanto miedo que me entró. No sabía; tenía miedo; ya nada me podía distraer de ese terror. Ese terror que comenzaba en los primeros años de mi infancia, cuando la fiebre y la humedad en ciertas noches, cuando la orina...

Pues hubo un colegio y una clase, y la clase resultó que estaba llena. Toda la clase estaba ocupada por los alumnos del Central Australia, allá por los comienzos del siglo xx, cuando yo vivía.

Un espectáculo verdaderamente horrible, entonces, el de esa Maestra, directora de un programa —pero lo importante era esa humedad, la humedad de la fiebre con orina nocturna, la humedad que hubo en los patios (¿una humedad que ahora podría repetirse?).

¿Qué pasaría cuando esa directora —lo húmedo ígneo, lo negro de la materia— se decidiera a actuar?

El título de esto es: ACTUACIÓN DE LA DIRECTORA O MAESTRA

La fecha de hoy es octubre 14.

No sé, por supuesto, ni dónde estoy. Tiene que haber algún sentido.

También hoy, al despertarme, he sabido una cosa como la siguiente:

Los monos de Río de Janeiro, que van surgiendo de la selva. Unos monos muy negros, que sirven para estrenar un ritmo muy especial. Un ritmo que comienza a hacerse conocer. Extrañamente, a hacerse conocer. Peculiar, más bien, el ritmo. Más bien mediocre, que nadie sabe bien cómo ocurre, pero que empieza a estar ahí, como sobre las cabezas de la gente, absurda y serenamente. Pues el hombre de topacio es como el que advierte lo que puede ser esa orquesta. Él mima esa orquesta, la presenta, sueña con ella, pero no sabe por qué.

Topacio acabo de decir, quizá porque ahora, al levantarme, la materia, las paredes de este cuarto del *Home*, tienen el color azafranado. Y a mí me obsesiona el topacio, la materia azafranada, pero de eso hablaré después, pues lo importante, sobre todo, es lo húmedo —esa humedad corruptible que toda mi vida he querido transmutar, cocer.

Pero después de escribir todo lo anterior, me he quedado como muerto. No quiero, por hoy, saber más nada de mí mismo.

Pues, por supuesto que ha habido una devastación en el Hotel San Luis.

Además, apresado por las paredes de este *Home* —*Home* que es sólo un manicomio—, imprecisamente entreveo un tatuaje con las torres gemelas, en el brazo de un neoyorquino. Pero en esto que estoy queriendo decir puede ser que no diga nada; puede ser que yo esté diciendo disparates; o puede que yo, como en aquellos años de fiebre, en mi infancia, lo que esté es orinando, orinando continuamente o, lo que es lo mismo, diciendo disparates (pues según la psicoanalista von Franz «en el dialecto suizo, si alguien sale con un montón de galimatías sin sentido, decimos que está orinando»).

Y es que mi vida carece de sentido —o, por lo menos, hoy es así, o, por lo menos, en un *Home* siempre sucede así—, de eso no me cabe duda.

Hay veces en que, después de que algo se cierra, quedan cosas adentro. Por ejemplo, le puede suceder a un cirujano que, después de terminar una operación, se le queden unas tijeritas, unas tijeritas dentro del cuerpo del paciente.

Unas tijeritas, o muchas cosas más, que se puedan, por ejemplo, quedar dentro de un Laberinto, si es que uno tiene la chifladura de pretender haber construido un Laberinto.

Yo he tenido, en estos años, la pretensión de haber construido algo así. Yo creo haberme construido un Laberinto.

Una Construcción. Después de haberla cerrado, y después que ha pasado el tiempo, ya no me cabe duda de que, al igual que al cirujano de las tijeritas, a mí se me han quedado cosas dentro de ese Laberinto que he pretendido construir.

¿Cosas?, ¿qué clase de cosas? Toda clase de cosas. Se me han quedado pedazos de personajes (Juan Ignacio Arcocha, Alegría), o personajes enteros. Se me ha quedado un proyecto, fallido, de irme haciendo un cuerpo –¿cuerpo, cuento?– astral. O se me han quedado proyectos de heterónimos. O...¡qué se yo!: muchas cosas más.

Por lo que este relato, o lo que sea, en que ahora estoy, surge, nada menos, que de saber que como se me han quedado las tijeritas después de haber cerrado un Laberinto, no me queda más remedio que emprenderla de nuevo, y ahora con esta historia sobre una devastación en el Hotel San Luis. Una historia que ahora quiero contar.

Pues me propuse, con un Laberinto, nada menos que un no morir sin Laberinto. Y, aunque no pueda saber bien lo que, por fin, alcancé o no alcancé, sí puedo afirmar que, con ese intento, he terminado por verme colocado en otro plano.

¿En un plano?, ¿qué quiero decir con eso?

No en un plano –¿o en un cuento?– astral, por supuesto, pero sí quiero decir que colocado en otro sitio. Sin duda, en otro sitio.

Por supuesto, lo que yo quiero, es escribir una novela mala.

Una novela mala, ni más ni menos.

Creo que una novela mala podría tener cierto interés.

7

Entonces Alberto Alvarez, dueño del Central Australia, y esposo de la marquesa Marcela, aquella dama que tenía una plaquita, con su nombre, ornando la mejor máquina del Ingenio, se dirigió hacia la ciénaga de Zapata con el fin de traer al vampiro. Lo descubrió, dentro de un ahorcado que colgaba de un árbol bastante destartalado; se echó al ahorcado con el vampiro dentro y regresó sobre sus pasos. Y al sentirlo caminar, el vampiro que estaba sobre su espalda le dijo:

—Es asombroso, señor, que comencemos de esta forma una novela mala. Pero como hay que comenzarla como sea, voy a contarte esta historia. Escucha.

Lejos, muy lejos, en una lluviosa noche de los años de la década del 30, estaban, bajo el techo de guano de una terraza, Tokol, quien por esos días se hallaba en La Habana, y Juan Ignacio Arcocha, quien estaba en la vela de los últimos momentos de su moribunda esposa, Elisa Despaigne.

Lloviendo a mares, entonces, en aquella noche, sobre el techo de guano de una terraza situada en el patio del Sanatorio La Esperanza.

En el patio, los latones de basura con sus jeringuillas usadas, con sus vendas usadas, con sus desperdicios, con sus esputos de tuberculosos, y con sus algodones de tuberculosos.

La lluvia y, de vez en cuando, un trueno. La lluvia y ellos sentados bajo el techo de guano, mientras Juan Ignacio estaba en la vela de los últimos momentos de su tuberculosa esposa Elisa Despaigne, quien ocupaba la cama número 9 de una de las salas del Sanatorio.

Uno de estos dos personajes bajo techo de guano, el llamado Juan Ignacio Arcocha, había nacido, y había pasado su infancia y su adolescencia en Murga.

Al lado de la casa donde nació Juan Ignacio estaba, con un farolito que se iluminaba desde por la tarde, el negocio de su padre, el garrotero Crecencio, un venerable que ya en gloria está.

Y, además, la casa de Juan Ignacio no sólo tenía, al lado, un farolito, sino que también tenía, al frente, una calle que, por haber estado sin empedrar, se llenaba de agua cuando llovía.

Se llenaba de agua cuando llovía y, entonces, para cruzarla, había que colocar tablones, a todo lo largo de la calle. ¡Había que ver aquello!

Tablones.

Tablones. Maderas para cruzar la calle. Por lo que entonces, debido a las Leyes de la Imagen, de la Imago, o de lo que sea, esta parte del relato se enreda con el Imaginario de una difunta, doña María de Ximeno y Cruz, quien en cierta pasada ocasión habló sobre la difícil comunicación entre la casa del poeta loco José Jacinto Milanés y el lugar que quedaba frente por frente a su vivienda, y que no era otro que el hogar de su prima Isa, el amor de su vida.

Lo que dijo doña María de Ximeno y Cruz fue lo siguiente: «Si alguna vez la inclemencia del tiempo no era favorable a las reuniones, hacían atravesar en la calle algunos maderos para evitar el lodo, y de una a otra casa salvaban así el inconveniente».

Pero ¿por qué se habla aquí de un enredo en las Leyes de la Imagen? Pues muy sencillo. Es que, frente a la casa donde vivía Juan Ignacio, vivía una prima de él, también llamada Isa, y quien más tarde acabó dándose candela. Y como esta prima Isa de Juan Ignacio tenía el mismo nombre que la prima Isa, amada por José Jacinto Milanés, entonces, al Imaginario de este Texto de novela mala no le queda más remedio que identificar los maderos que atravesaba el poeta loco y enamorado para ir a casa de su prima con los otros tablones que, para ver a su correspondiente Isa (la Isa que se dio candela, y que, sin ninguna duda, fue el ánima del inexistente Juan Ignacio), tuvo que cruzar nuestro personaje de Murga.

Lluvia y más lluvia, en aquel patio del Sanatorio, en aquella década del 30. Lluvia, por lo que es seguro que vino el recuerdo de los tablones. Y, como vino el recuerdo de los tablones, entonces Juan Ignacio le contó a Tokol la revelación que en esos días había tenido. Los días en que estaba esperando, en el Sanatorio La Esperanza, la muerte de su esposa, Elisa Despaigne.

Pero esta revelación no tenía que ver con su esposa moribunda, sino con su ánima Isa, la prima que se dio candela.

Así que Juan Ignacio contó su revelación. Una revelación en que el Texto, plagiando a Comario, o a cualquier otro alquimista semejante a Comario, pudo decir lo siguiente:

«¡Mira, Tokol!, a pesar de que la lluvia está cayendo, he podido darme cuenta de que las plantas de minerales, si el fuego no las pone a prueba, no llegan a ser tan bonitas. No, no llegan a ser. Lo sé. Las olas de la inundación (esa inundación, y devastación que un día llegará hasta el Hotel San Luis, ¡ya lo verás!) desencadenadas sobre el cuerpo de mi prima Isa, que tú sabes que está enterrada en el Cementerio de Murga. Y... En estos días, mientras se va muriendo mi esposa Elisa, en su cama 9 del Sanatorio, otro tuberculoso, pintor, a quien llaman Ponce, y que ocupa la cama número 10, la está pintando. Ponce parece pintarla no sólo como si ya ella fuera el fantasma que va a ser dentro de poco, sino también como el fantasma que ella ha sido siempre. Pero, puesto a buscar, me puse a pasear por las afueras de este Sanatorio, y llegué allí donde hay una arboleda, en la cima de una montaña .Caminé. No estaba sudado. No estaba lloviendo. Allí, desde allí, se veía el Sanatorio, enterito, todo enterito, por lo que supe de la piedra, arsenikon, que había que blanquear. ¡Hay siempre que blanquear a las piedras! Así que, en menos de lo que canta un gallo, le pedí (se lo pedí en el pensamiento, por supuesto, pues ella ya hace tiempo que se murió) a la que había sido mi tía, a la madre de Isa, que me invitara a almorzar para poder, de esa manera, volver a ver a mi amada prima. Pero después, poquito después, en el camino de esta montaña que rodea al Sanatorio, tuve la ocasión de observar que, debajo de lo viril, allí estaba Isa. La vi enseguida, rapidito se apareció. Fue en el vestíbulo del Cine Majestic que, por cierto, tenía todas las paredes cubiertas con fotografías de actores del cine mudo. Isa, rubia, estaba vestida de negro, y parecía más sensual que nunca. Más sensual que cuando yo la conocí en vida. Me habló, entonces, ella, de un matrimonio que pretendía haber tenido con un personaje llamado Roger. ¿Quién era Roger? Roger no existió. Ni nunca hubo ningún matrimonio. Pero la voz de Isa era lo más sensual del mundo. Su vestido de un terciopelo verde se sentía como *un vestido prometedor*. ¿Por qué? Se puede coger, Tokol, lo superior en lo inferior, en forma de novio y de novia. Pero después Isa como que se escondió. Se escondió: la fui a buscar por entre los pasillos del Laberinto en que se había convertido el Cine Majestic. En el Cine Majestic estaban anunciando una película de Libertad Lamarque. Una bonita película de Libertad Lamarque. Me metí por pasillos del Cine, repito. Pero, de pronto, miré hacia arriba y, sospechando que detrás de mí había un estrellado cielo de hojalata, vi que Isa estaba convertida en una diosa platinada, tal como las coristas que llegaron a La Habana en 1936, y que aparecieron en el Teatro con los palcos, en el Teatro Nacional. Esto cuando descendieron las brasileñas rumberas y cuando los monos de Río de Janeiro –tal como tú lo dirás en el Texto en que me inventes– surgieron de la selva. ¡Nunca antes, Tokol, había experimentado esto! Nunca hubiera podido pensar que Isa, mi ánima, tuviese que ver con rumberas brasileñas. Estaba también, por supuesto, Carmen Miranda. El techo del Cine Majestic estaba estrellado. Noche estrellada: jardines invisibles. Y en el Cine Majestic no echan películas de la Metro, sino películas habladas en español. Pero en el Cine Verdún, que sí está al lado del Cine Majestic, sí echan películas con el león de la Metro. Por lo que pronto, en cualquier

momento, podría aparecer Isa, de verdad. Lo cual sería a la hora nocturna. La hora en que los enfermeros nocturnos cambian de turno en este Sanatorio donde está Elisa, muriéndose. Una revelación de una frustrada boda hierogámica, mientras Elisa se está muriendo, es lo que he tenido».

También se debe añadir esto: que mientras Juan Ignacio dijo su discurso a la manera de Comario, a Tokol se le ocurrió que un ángel podía estar en una de las esquinas del patio del Sanatorio que estaba bajo la lluvia. ¿Qué podía ser esto?

Muy sencillo, Tokol fue un mulato-húngaro autodidacta del Central Australia, y por lo tanto había leído a Gérard de Nerval. Lo había leído, y por lo tanto, bajo la lluvia, Tokol *intertextualizó*.

¿Cómo fue eso?

15

Luna llena y amenaza de que, con un ciclón, la inundación sobrevenga de nuevo.

He tenido, sentado en la sala de este *Home*, una iluminación de color sepia. Se me apareció un LOCUTOR que dijo:

LOCUTOR. —¿Qué ha sucedido? Señores, díganme, ¿qué ha podido suceder?

Esto, según he podido verlo desde la sala del *Home*, desde la sala que está cubierta por las sombras filmicas de la T.V., lo ha repetido el LOCUTOR en la calle Belascoaín, en el tramo correspondiente a donde está el Hotel San Luis. Y también, sobre todo, lo ha dicho en un túnel. Pero, lo tremendo es que esto puede indicar que va a continuar la devastación.

He salido a este patio del *Home* a ver la luna llena, pero ella está cubierta por las nubes. Es como si los muertos estuviesen alebrestados.

El Central Australia estaba rodeado por la Ciénaga de Zapata. Estaba rodeado por la inundación; esto yo lo supe desde niño. Y a los muertos, en el mes de noviembre, los alebrestaba, sobre todo, la proximidad de la humedad.

Aquella humedad era... Como balsas de serrín.

En noviembre, y por las noches, aquellas balsas de serrín podían relacionarse con la luna. Allí yo me podía acordar de Alberto Álvarez, el esposo de la marquesa Marcela que había muerto en un accidente al chocar, con una locomotora, el carro de línea donde él iba.

/ DE NUEVO EL VAMPIRO Y ALBERTO ÁLVAREZ /

El hombre del Central Australia, don Alberto Álvarez, regresó al árbol destartado, percibió al vampiro colgando con el ahorcado. Le echó mano al burujón y, mostrando signos de descontento, se puso en marcha. Como iba de noche, en silencio, por el cementerio, el vampiro colocado sobre su espalda le dijo:

—Señor, usted está medio jodido. Usted fue tan fatal que hasta se murió en el Central Australia, antes de que se pudieran llevar a cabo todos los planes que ustedes, los hermanos Álvarez, habían concebido para que, así, el Ingenio

llegara a ser el monumento más grande de la República; pero, para que no se me caiga, le voy a formular un asunto difícil. Helo aquí, escuche.

Porque hubo una confusión tras otra confusión, y esto sin que se pudiera explicar bien el asunto. El personaje Alegría quedó nada menos que encerrado en la trastienda de un sórdido lugar, situado en el barrio chino. No se pudiera considerar, por supuesto, que Alegría estuviese desnudo del todo, pero lo que sí se pudiera entender es que, para poder salir de ese lugar donde estaba como atrapado, estuviese tratando de encontrar algunas de sus ropas.

Pero la cuestión era la siguiente: si Alegría lograba salir del horrible lugar donde estaba, entonces tendría que enfrentarse con el barrio chino, y ¿qué podría encontrar en ese lugar?

A Alegría, en medio de la búsqueda de su ropa, así como con desesperación por salir del lugar donde estaba (¡había que ver cómo sudaba lágrimas de sangre!), le pareció oír un sonido de tropas victoriosas, aunque lejanas. Le pareció oír un sonido que, por transformarse, inmediatamente, en el tic-tac de un reloj de Samotracia, le hizo tomar conciencia (y había que ver la manera en que estaba sudando frío) de que estaba en un bayú de Zanja, la gran calle del barrio Chino. Pues bien, Alegría siguió haciendo esfuerzos y esfuerzos por encontrar su ropa, hasta que al final la encontró, y encontró, también, la salida del horrible lugar donde estaba trancado; salió a la calle del barrio chino; corrió y corrió por el barrio chino, hasta que, al final, llegó a la calle Belascoaín, el lugar del Hotel San Luis donde vivía, para así terminar libre ya de cualquier acechanza. Pero lo interesante fue que, llegado a este punto del relato, y ya dentro del mismo ascensor del Hotel San Luis, cárcel de hierro que lo conduciría hacia el piso donde estaba su cuarto, Alegría cayó preso bajo una alucinante fantasía que consistió en lo siguiente: él estaba sentado en un inodoro, pero entonces el piso se abrió, y él vino a caer sobre una tintorería de chinos que, al verlo así, cagando y como descendiendo de los cielos, se pusieron a gritar como unos condenados.

Cuando el vampiro concluyó este pavoroso *nonsense*, en medio de la noche preguntó, una vez más, al difunto Alberto Álvarez, dueño del Central Australia:

—No hay duda de que todo esto que acabo de contar está relacionado con el mundo imaginativo de un joven pajero como Alegría. ¿Quién no entiende que Alegría, debido a su sentimiento de culpabilidad, inculcado por los jesuitas donde se educó, creyó que el ojo de los chinos lo pudiera perseguir? Mira: Alegría, después de todos sus esfuerzos por salir del lugar, o bayú, donde estaba como encerrado, se metió en el lugar donde los textos se confunden, ya que, entonces, llegado al Hotel San Luis, su fantasía lo convirtió en el sujeto de esa anécdota increíble. Anécdota que ya no puedo decir si fue cierta o no lo fue, y donde el personaje Virgilio Piñera, sentado en el inodoro de un cuchitril que se rompió, vino a dar, encuerdo y cagando, sobre una tintorería de chinos que quedaba debajo del cuarto donde vivía.

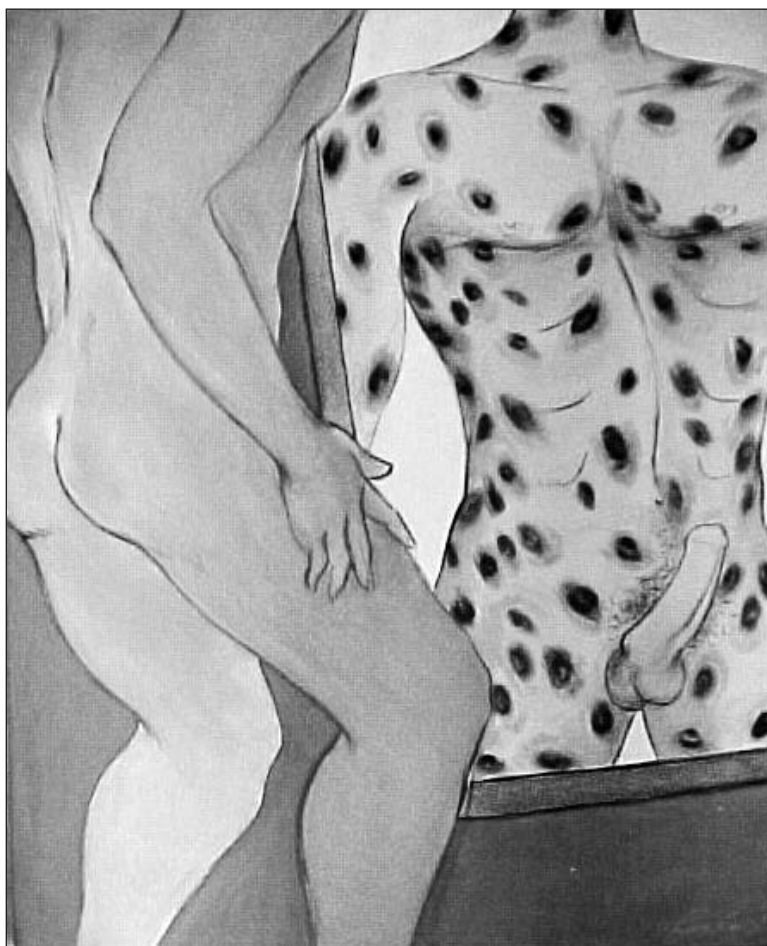
Pues bien: Fíjate, Alberto Álvarez, en lo que te voy a decir: Alegría fue un personaje tan jodido y tan lamentable, y tan flaco, y tan feo, como lo fue Virgilio Piñera. Y ambos, personajes que, junto a ser como fantasmas vulnerables, tenían una extraña, inefable calidad de seres *asépticos*.

Pero había entre ambos una importante diferencia: Virgilio era un homosexual, y Alegría no era un homosexual, sino un pajero de closet. Diferencia que me lleva a formularte esta pregunta que, si te niegas a contestarla, podría conducir a que tu cabeza se rajara en cien pedazos. ¡Ten cuidado!, la pregunta es ésta: siendo Alegría un pajero de closet, ¿cómo se podría calificar su sexualidad?

Oída la pregunta, Alberto Álvarez se apinchinó, y contestó lo siguiente:

—Me la pusiste en China. Esa pregunta no la contesta ni el león de Asturias.

Visto lo cual, el vampiro, junto con el ahorcado, abandonó a Alberto Álvarez, tomando rumbo, de nuevo, hacia el cementerio.



—¿Quién eres, Batman?

—No, soy un leopardo.

(Tríptico/Parte III. Serie: Hombres, machos, marineros).
Óleo sobre tela, 100 x 80 cm. c/u, 1998.